

PRESENTACIÓN DE DIARIO DE RUTA

Colegio de Médicos de Madrid

22 de mayo de 2006

Muchas gracias a todos y a todas por haber venido.

Muchas gracias a José Alberto – que ha venido a presentar el acto pese a no poder casi tenerse en pie - a Pablo, a Jon, a Jesús Hilario.

Y también a Adela, a Pilar, a Elda, a Juan José.

Y al Colegio de Médicos de Madrid y a Juliana, su Presidenta.

Juliana y yo somos amigos desde otros tiempos y otros ámbitos.

Ahora le toca al poeta decir algo.

A veces el poeta no tiene nada que decir.

En realidad, la mayor parte de las veces el poeta no tiene nada que decir. Pero en el mundo en que vivimos, donde el ruido vende y el silencio no, hace falta algún coraje para reconocerlo.

Y, sin embargo, si cuando uno no tiene nada que decir
va y no dice,
y escucha,
y mira,
y trata de entender,
y persevera en esa actitud el tiempo suficiente,
entonces,
poco a poco,
desde un lugar que puede ser un pliegue, un nudo, un orificio,
algo que se resiste a ser localizado y cuya referencia anatómica se
nos hace imprecisa y móvil,
brota no la Palabra sino lo que está antes de la Palabra,
no la Idea sino lo que la precede,
una confusa amalgama de pre-Imagen, pre-Concepto, pre-Forma
amasada con un material compacto y denso, semilíquido y semi-viscoso,
dotado de una gran tensión

y al que no podemos llamar pre-sentimiento porque para realizar plenamente su cometido necesita desarrollar todas y cada una de sus características, no siendo la menor su capacidad de evocar,

esa especial habilidad que nos suspende entre el Cielo y la Tierra a la distancia exacta en que cada elemento amalgamado logra ser percibido a la vez como parte del conjunto y en su intransferible singularidad.

No es, pues, pre-sentimiento, indiferenciada pulsión, sino sentimiento mismo.

Un sentimiento con, al menos, dos caras: la que da hacia el poema y le dota de significado; y la que da hacia el interior del poeta y le empuja a escribirlo. A ésta podemos llamarla motivación y sostiene el esfuerzo.

Yo creo que uno escribe para liberarse de esa tensión.

Podría no hacerlo. O hacer otras cosas: pintar cuadros, hacer punto de cruz, guisar un estofado, cortar troncos, montar en bicicleta... Pero si escribe suele ser para librarse de ella.

Al menos, si escribe poesía que es, en mi opinión, el género literario más primario e indiferenciado y, por tanto, con frecuencia el más impreciso.

Y cuanto mayor sea la correspondencia entre esas dos caras del sentimiento poético más auténtico será el poema.

No necesariamente mejor, porque para que un poema sea bueno hacen falta más cosas (por ejemplo, humildad y dominio del lenguaje) pero sí más auténtico. Y eso ya es algo. Yo diría que es mucho.

Los poemas y los cuentos, como dejó escrito Cortázar, comparten eso: ser instantáneas de una película que sólo el autor – y no siempre, y no del todo – conoce.

El lector no. Pero no le importa. Le basta con incrustar esa instantánea en su propia y personal película, la de ese momento, y darle a la manivela.

Y si funciona, funciona.

Ya sé que el asunto es más complicado. Pero después de tantos años lo básico me sigue pareciendo esto.

En este libro hay poemas que parecen poemas y poemas que parecen cuentos.

O mejor, hay poemas que nacieron como poemas y así se quedaron, y poemas que nacieron como poemas y se fueron alargando, transformando, hasta convertirse casi en pequeños cuentos.

(Ahora no recuerdo si también se da el caso inverso: el de un cuento que se haya ido acortando y comprimiendo, soltando pellejo y plumas hasta convertirse en poema, pero si lo encuentran, por favor, me avisan)

Uno de los poemas de este libro, se titula **Tormenta** y no necesariamente es verídico. Dice así:

"Aquella noche descubrí que me mareaba mirando boca arriba el universo, sus estrellas con alas, sus frases sin concluir, sus edificios inabarcables...

Y, también, que me daban miedo los relámpagos, que amaba y temía el viento con sabor a ozono y esa sensación de catástrofe inminente que al final del verano anunciaba entonces la hora de la cena.

Sobre todo, supe que me aterrorizaba el pánico del hombre-niño (excursionista, pastor, observador curioso...) perdido en la montaña,

la soledad del uno-sólo-uno frente a la cólera del cielo.

Intenté describirlo y fracasé enseguida.

Debió ser mi primer poema."

¿Qué mayor vértigo, qué mayor silencio, que tumbarse así y mirar el cielo? ¿Quién diría que eso es cuento y no poema?

Que el argumento pueda no ser cierto - ya ni recuerdo si lo es - no le resta autenticidad. Si no me pasó a mí, o no me pasó exactamente así, pudo haberme pasado. O le habrá pasado a otro.

Y en ese ser otro, u otros, sin dejar de ser uno,

en ese ser-más-uno-siendo-otro-u-otros,
en esa permanente e inacabada trasgresión de unicidades y límites,
en ese intento de conjurar lo inefable, de aprender y aprehender
mediante palabras,

está la grandeza de la poesía.

Ya lo dijo Juan de Yepes: "Y pasaré los fuertes y fronteras..."

Lo dijo y desde entonces queda.

A diferencia de "La sal de la vida", mi primer libro si no en el sentido
de escrito desde luego sí en el de publicado, y que es un libro optimista y
por tanto más bien romántico,

éste no es un libro optimista.

Tampoco es un libro pesimista.

En realidad, como declara su título, es un libro de viajes.

Hay un poema titulado **Viajero Incesante** que lo explica clarito.

Para que nadie ande luego por ahí con lo del hermetismo.

Este libro trata del viaje como realidad y del viaje como metáfora. Y de la vida como viaje, claro, temas por cierto no demasiado originales pero con los que he vivido siempre. O ellos me han vivido, que si no es lo mismo se le parece mucho.

Tal vez porque una gran parte de mi vida la viví, o me vivió, viajando, en este libro aparecen todo tipo de viajes: de trabajo y de placer, con rumbo y sin rumbo, en avión, en tren, en barco, en automóvil, en insomnio, en sueños, en metro...

Y están, por supuesto, los ríos, los cielos, las nubes, las carreteras, los bosques, las sendas rumorosas, las ciudades y las plazas por donde he viajado. Y muchas y muchos por donde aún no he viajado y no sé si viajaré pero no cejo.

Está lo que me he encontrado y una parte de aquellos con quienes me he encontrado. Con algunos y algunas sigo viajando. Y con unos pocos, y en especial con una, espero que dure hasta donde dure y que sea siempre.

Me gusta pensar que los recuerdo a todos. A veces no me da la habilidad para escribirlos pero los recuerdo. Por si luego me da.

Es decir, está el viaje exterior, que nos mueve por el espacio, y está también el viaje interior, que nos mueve por ese otro territorio donde fuertes y fronteras, espacio y tiempo, tú y yo, nosotros y vosotros se hacen un lío.

Eso sí que es territorio comanche y ése sí que es viaje.

Un tipo de viaje que casi siempre hacemos solos pero que cuando uno tiene la fortuna de poderlo compartir de verdad con alguien, resulta inigualable. Ya dije que yo la he tenido – y todavía la tengo - y que espero que dure.

Y está, cómo no, el último y definitivo viaje, que los clásicos imaginaron como la travesía de un grande y proceloso lago, pero del que nada sabemos y ante cuya iniciación, cómo no, vacilamos.

Vacilación que, como el Mago de uno de los poemas de este libro, disimulamos hablando mucho, ahuecando el plumaje y dándonos importancia para ver si así logramos distraer al destino y arrancar un aplazamiento.

Porque a partir de cierta edad (cada uno sabe cuál) vivimos de eso:
de negociar aplazamientos.

... Que a veces llegan en forma de inesperado y enigmático **Edicto**
donde se nos propone dar un paso atrás, intentar un rodeo, emplear el
tiempo concedido en diseñar otros modelos, otros modos,

que son, cómo si no, de luz, de instante y tiempo redimidos,

un tiempo que suele emerger "descuidado, impuro, con cicatrices
en el rostro". Por cierto, esto es de Auden y en el poema donde lo cito se
me olvidó poner el entrecomillado, perdónenme los puristas.

Es decir, regresando cuando nos vamos, yéndonos cuando
regresamos.

¿Contradictorio esto? ¿Ambiguo? No más que el diario nacer y
desnacer en que nos afanamos.

Por lo dicho hasta aquí ya habrán comprendido que no estoy de
muy acuerdo con Joseph Brodski - y tantos otros - cuando afirma que es

“el apetito por (la) dimensión póstuma lo que pone la pluma en movimiento”.

Yo no sé si tendré una dimensión póstuma pero sí sé que no me voy enterar, así que tanto me da. Con franqueza, preferiría alguna dimensión presente, aunque fuera pequeña.

Pero coincido con él en que “la manera de desarrollar buen gusto en literatura es leer poesía”. Yo diría “la manera de desarrollar buen gusto”. Y punto.

Sostenía Brodski que eso se debe a que “la poesía no es sólo la más concisa, la más condensada manera de transmitir experiencia humana; ofrece también los criterios más elevados posibles para cualquier operación lingüística, especialmente sobre papel. Mientras más poesía lee uno – afirmaba – menos tolerante se vuelve a cualquier forma de verbosidad”

¡Bingo! En la poesía y los cuentos, concisión y condensación son criterios de belleza.

Como también lo es el transmitir algo. A poder ser, experiencia humana. No es la única veta de la que se ha nutrido la mejor poesía pero sí la más consistente. En todo caso, la que a mí más me llega.

¿Cualquier experiencia? Sí, casi cualquiera, con tal que el poeta sea capaz de expresar lo singular, lo único y, por lo tanto, revelador de esa experiencia.

Personalmente creo que también tiene que haber misterio. Porque no me negarán que ser como somos, a la vez trascendentes y triviales, repetidos y únicos, resulta bastante misterioso.

René Char, mientras era capitán de la resistencia en la Francia ocupada y se tiroteaba casi a diario con los alemanes, escribió **Hojas de Hipnos**, un libro imprescindible para quien quiera saber por qué y para qué se escribe poesía.

Un libro que contiene poemas como éste: *"Toute la masse d'arôme de ces fleurs pour rendre serene la nuit qui tombe sur nos*

larmes" ("Toda la masa de aromas de estas flores para serenar la noche cae sobre nuestras lágrimas") Esto es misterio.

Mills Fox Edgerton es un poeta norteamericano vivo, catedrático de lenguas Modernas de la Universidad de Bucknell en Pennsylvania, amigo de Pablo Méndez y que escribe en español.

En su último libro titulado **Ecos** hay un poema, el más breve de los breves, que dice: "*Los murciélagos que cruzan la faz de mi luna...*"

Sólo eso. Y basta. A mí, desde luego, me basta. Porque a partir de ahí yo como lector, si estoy inspirado y tengo ganas, pongo el resto. El misterio reta pero hacer que el poema viva es cosa nuestra.

Ni que decir tiene que concisión y condensación no siempre implican brevedad y que un buen poema puede tener más de dos líneas y no necesita terminar en puntos suspensivos, pero ya me entienden.

Por cierto, tanto Jon como Jesús Hilario como Pablo los han escrito buenos y breves, y buenos y largos. A ellos me remito.

Termino diciendo que hay algo más. Siempre lo hay.

Algo que está por debajo y por encima de la literalidad del poema.
Y, también, de lo que el poema evoca.

El poeta lo sabe y trata de aprehenderlo,
y cuando cree que ya lo tiene, descubre que no,
que ya no está allí, que una vez más escapó,
quién sabe cómo, quién sabe a dónde.

El lector, si es paciente, o versado, o simplemente sensible, lo
atisba; fugaz, llega a entreverlo.

Más vibración que ruido. Más oscuridad que fondo.

Hace poco la Colección Baños del Carmen ha celebrado su número
cien con una **Antología Abierta** de José Ángel Valente en la que hay
poema sobre esto.

No lleva título, empieza diciendo "El centro es un lugar desierto..." y
termina con un: "... Queda la vibración ¿La sientes todavía?"

¿De nuevo contradicción, ambigüedad?

Me parece que ya se los dije. La vida está hecha de eso. La poesía lo capta y lo transmite, a veces lo sugiere tan sólo, quizá mejor que otras artes.

Cuando busquemos nuestro rostro y tengamos dificultad para hallarlo recurramos a la Poesía.

Puede que no esté allí, que no esté en sitio alguno, pero Ella nos ayudará a encontrarlo.

Eso es lo que les quería decirles esta noche. Que lean poesía.

Hoy se publica mucha y, sin embargo, también buena poesía.

De poetas conocidos y de otros menos conocidos. Ediciones Vitruvio es un buen ejemplo.

Porque la vida es un viaje cuyo inicio no recordamos y cuyo final ignoramos. Porque no hay mapas, ni brújulas, ni ofertas con todo incluido y descuento en temporada baja.

Porque una cosa puede ser, al mismo tiempo, ella y su contraria y algo que no es ni lo uno ni lo otro.

Porque el mundo en que vivimos no es, ni de lejos, el mejor de los posibles.

Porque no basta con hacer tu trabajo y ser comedido.

Porque siempre hay algo más.

Lean poesía.

En algún sitio de este libro he escrito que en el mundo en que vivimos "la poesía aún tiene sitio.

Su frágil fortaleza nos empuja siempre.

Su improbable apuesta nos pone nerviosos".

Así que lean. Lean poesía.

Termino con Larrea, un grande hoy poco citado.

Escuchen: "No existe la perfección, como no existen la verdad ni la belleza... No existen obras bellas y eternas sino humildemente obras que en un tiempo emocionan, unas a un puñado otras u otro. Un hombre sólo puede proferir: esto me gusta. Y sintiéndose dichosamente exento, y sin miedo ante la vida y la muerte, ni añade ni resta a su goce la opinión

colectiva. Hablo del hombre valeroso de sí mismo y de su ignorancia, y cuya serenidad inteligente posee la suficiente fuerza para neutralizar el fluido ensortijado que se desprende del rebaño... Para él ante una obra de espíritu no cuenta más que su emoción, es decir su imperfección, su movimiento."

Habrán notado que como muchos de los grandes de entonces - y muchos de los no tan grandes de ahora, incluido yo mismo en algunos poemas - Larrea tomaba a la mitad masculina del género por el todo. Pese a ello, su mensaje me parece vivo. Y cuanto más de todos y todas, mejor.

Lean poesía. Emociónense. Sean imperfectos. Inténtelo siempre. Pónganse nerviosos.

Lean.

Muchas gracias.